

FRANK SAFFORD
Northwestern University.

SIGNIFICACION DE LOS ANTIOQUEÑOS EN EL DESARROLLO ECONOMICO COLOMBIANO

UN EXAMEN CRITICO DE LAS TESIS DE EVERETT HAGEN

A los norteamericanos nos facinan los antioqueños. Tal vez por ser los antioqueños (como grupo estereotipado) parecidos en algunos respectos a nosotros. Varias veces escritores norteamericanos han intentado explicaciones de la notable actuación económica de los antioqueños en Colombia. Ya se conoce en Colombia hace mucho tiempo el libro del profesor James Parsons, de la Universidad de Berkeley, California, sobre **La colonización antioqueña en el occidente de Colombia**¹. Pero se conoce mejor en los Estados Unidos, y acaso igualmente en Colombia, las tesis expuestas últimamente por el profesor Everett E. Hagen, del Massachusetts Institute of Technology, que se publicaron por primera vez en su obra **On the Theory of Social Change** (The Dorsey Press, 1962), en un capítulo del cual se editó la traducción castellana por Ediciones Tercer Mundo². Como las tesis del profesor Hagen han encontrado bastante acogida en Colombia y fuera del país, parece conveniente sujetarlas a un examen crítico. Así el autor de este ensayo tiene la osadía de llevar más leña norteamericana al monte colombiano.

Las tesis de Parsons y de Hagen tienen alguna similitud, en cuanto que ambos explican el empuje de los antioqueños como una reacción contra la adversidad. Parsons cree que la pobreza y aspe-
reza de la tierra en Antioquia estimularon a los antioqueños a es-
fuerzos mayores, que se mostraron en la famosa colonización al
estilo norteamericano. Hagen, partiendo de la base de las investiga-
ciones de Parsons, entre otros, también hace hincapié en la pobreza

¹ Editado, con traducción al castellano, por Emilio Robledo, en 1950, y reeditado por el Banco de la República, 1961.

² Everett E. Hagen: "El cambio social en Colombia: el factor humano en el desarrollo económico", traducido por Jorge Vélez García. (Bogotá, Edicio-
nes Tercer Mundo, 1963).

de los antioqueños, para añadir que fueron estimulados también por tener que luchar contra otros obstáculos de índole social y aun política. Hagen considera, y hace observaciones interesantes sobre las influencias de la inmigración vasca, la experiencia minera (como escuela económica) y el aislamiento de Antioquia como factores en su desarrollo económico. Mas el punto clave, el factor principal en el empuje antioqueño, según Hagen, radica en las tensiones sociales que sentían los antioqueños. Los otros colombianos, principalmente en los centros culturales y políticos de la Colonia (Bogotá, Popayán, Cartagena) consideraban a los antioqueños inferiores social y culturalmente. Esa actitud de superioridad hacia los antioqueños se mostró en la leyenda de que los antioqueños descendieron de judíos. Confrontando el desprecio de los otros colombianos, dice Hagen, los antioqueños reaccionaron, esforzándose en las actividades económicas para comprobar su mérito ante sí.

El argumento del presente ensayo es que el profesor Hagen, aunque hace sugerencias muy interesantes y muy fértiles, puede presentar las cosas al revés. Parece más bien que los antioqueños se interesaban en la economía sobre todo porque vivían en un lugar en el cual la economía tenía algo que llamaba la atención. Eso es, la presencia del oro fue un estímulo bastante fuerte que no tenían por lo general las provincias de la Cordillera Oriental. Además, los otros colombianos no miraban a los antioqueños como seres inferiores, como afirma el profesor Hagen, sino que les tenían por su poder económico, que fue grande y substancial. La leyenda de los antioqueños judaizantes fue creada y sostenida por las provincias económicamente más débiles como reacción de defensa.

No es que todas las tesis hagenianas carezcan de valor. Muchas de sus sugerencias son interesantes, y hasta iluminantes, y tienen un fondo de verdad innegable. El profesor Hagen, por ejemplo, ha hecho bien en descartar la leyenda de la ascendencia judía de los paisas. Aunque la leyenda está muy arraigada en Bogotá, carece de fundamento. Fuera de la falta de comprobación documental, tampoco tiene la leyenda verosimilitud. La mayor parte de la inmigración de la Colonia vino durante el siglo diez y ocho, cuando el judaísmo, aún subterráneo, casi no existía en España.

Desafortunadamente el profesor Hagen sustituye a la leyenda judía otro factor racial-cultural en la influencia vasca en Antioquia. No hay duda que muchos vascos vinieron a Antioquia; se ve esto en muchos de los apellidos típicamente antioqueños desde Aranzazu y Arrubla, hasta Isaza, Lorenzana, Londoño, Montoya y Echavarría. Pero hay que recordar que la inmigración vasca fue muy notable en muchas partes del Imperio Español —en Chile, Argentina, Uruguay, Cuba, Venezuela, y en toda la Nueva Granada— durante el siglo diez y ocho. La presencia de los vascos no es cosa particular de Antioquia. Y todavía no se ha comprobado que tienen o tenían más influencia en esta provincia que en otra parte.

De más valor acaso son las ideas del profesor Hagen acerca de la influencia que tuviera la experiencia minera en enseñarles procedimientos modernos. Hagen sugiere que la minería les familiarizó con la maquinaria antes que a la población esencialmente

agrícola de la Cordillera Oriental y del Cauca. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la minería del oro en el Cauca ya había decaído muchísimo antes de traer los ingenieros europeos —Bous-singault, Carlos de Greiff, Tyrell Moore, Roberto White— la época de mecanización a la minería colombiana³, pero es muy posible que la utilización de la maquinaria en las minas en el siglo diez y nueve sirviera como escuela industrial en Antioquia.

Menos factible es la tesis de Hagen de que la escasez de mano de obra indígena en Antioquia hizo imposible la creación de una sociedad de mandones y peones, que desde “la primera mitad del siglo diecisiete los españoles mismos, por fuerza de la necesidad, trabajaron en las minas”, y que por eso comenzaron a valorar el trabajo con las manos⁴. Puede ser que los antioqueños tengan una actitud un poco distinta que los otros colombianos respecto al trabajo manual. Pero es muy difícil relacionarla con la clase de trabajadores que se utilizaba en la minería. Siempre las personas que laboraban en las minas eran de una categoría social inferior dentro de la sociedad antioqueña, en el principio mineros indígenas, después esclavos negros, al fin de la Colonia una mezcla de esclavos y gente de color libre, y en la República los descendientes de éstos^{4a}. Estos trabajadores mineros rara vez entraron en las altas esferas de la sociedad antioqueña. Muchos antioqueños empezaron pobres y, en parte con el trabajo manual, llegaron a las cumbres de la sociedad. Pero muy pocos de estos trabajaron como peones en las minas. O eran empresarios pequeños en la minería, empleando otros en el trabajo físico; o eran agricultores, arrieros o comerciantes pequeños. Trabajaron con las manos en muchos casos, pero rara vez como trabajadores en las minas.

Una de las hipótesis más interesantes del profesor Hagen es que la minería, siendo una industria muy arriesgada, “forzó a los antioqueños a distribuir el riesgo de la aventura minera entre un conjunto de familias”. Así se formó en Antioquia un espíritu de asociación de que carecían las otras regiones colombianas⁵. Parece

³ Robert C. West: “Colonial Placer Mining in Colombia”. (Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1952), pp. 9-13; Vicente Restrepo: “Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia”. (Bogotá, Banco de la República, 1952), pp. 76-104. Se refiere a los actuales departamentos del Cauca y del Valle; se excluyen las minas de los actuales departamentos del Chocó y de Caldas.

⁴ Hagen: “El cambio social”, p. 82.

^{4a} En 1776, casi toda la población de varios pueblos mineros fue de esclavos o de sus descendientes. Remedios y Zaragoza, con poblaciones (aproximadamente) de 4.000 y 2.000, no tenían más que 20 individuos blancos. (Francisco Silvestre: “Relación del estado de la Provincia de Antioquia”, en “Descripción del Reyno de Santa Fe de Bogotá”. —Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1950—, pp. 191, 193, 195-96). En esta época (1778), la jurisdicción de Medellín se componía de 18 por ciento blancos, 27 por ciento mestizos, 35 por ciento mulatos, 20 por ciento esclavos, con las dos últimas clases concentradas en los distritos mineros. Y el número de esclavos estaba aumentando a fines de la Colonia. En 1767, Antioquia tuvo 4.296; en 1808, 10.045. James J. Parsons: “La colonización antioqueña en el occidente de Colombia” (segunda edición. Bogotá, Banco de la República, 1961), pp. 81-86.

⁵ Hagen: “El cambio social”, pp. 83-84.

que el espíritu asociativo de los antioqueños ya llamó la atención de los otros colombianos a mediados del siglo diez y nueve. En 1852, Manuel Pombo (bogotano de la clase literaria-burocrática-política presumiblemente más hostil a los antioqueños) los encomió por su laudable espíritu de asociación⁶. Lo mismo hizo Felipe Pérez (también del oriente y muy integrado en la vida bogotana) en la década siguiente⁷. Sin embargo, los mismos antioqueños afirmaron en ocasiones que ese espíritu les faltaba, y se hicieron entre sí las mismas críticas de egoísmo y excesivo individualismo que hicieron los escritores bogotanos en sus análisis de las debilidades de Bogotá⁸. Y, si bien es cierto que los antioqueños formaron compañías por acciones para la colonización y la minería, también los bogotanos lo hicieron para fundar fábricas y los costeños lo hicieron en empresas de navegación en la primera mitad del siglo diez y nueve. Es notable que las más grandes empresas de antioqueños antes de 1870 —las de Montoya, Sáenz y Compañía en el tabaco, Lorenzana y Montoya en la quina, y los bancos de Restrepos & Cía., Botero Arango e Hijos, y el malogrado Eugenio M. Uribe— eran netamente de familia. La época de la compañía anónima o de acciones en gran escala no vino a Antioquia sino en la década de los 70, cuando se difundió este proceso también en Bogotá, Barranquilla y Bucaramanga. Esto no quiere decir que los antioqueños carecieran por completo del espíritu de asociación ni que no pudieran ser superiores a los otros colombianos al respecto. Pero las diferencias entre las regiones por este lado no son tan marcadas como sugiere el profesor Hagen.

El tema más discutible del profesor Hagen es lo del aislamiento político, social y cultural de los antioqueños como estímulo en las actividades económicas. Según Hagen, los bogotanos, caleños y payaneses miraban a los antioqueños como rústicos e inferiores socialmente; por eso los excluyeron de una participación efectiva en la

⁶ "Otro rasgo antioqueño es el espíritu de asociación, compañero del de especulación. Aquí todos se asocian, parientes o extraños, ricos o pobres, hombres o mujeres, para lo grande como para lo pequeño, lo mismo para importar mercancías o explotar una mina que para hacer una sementera o poner una pulpería. Así multiplican sus medios de producción... ¡Qué gran pueblo!"... Manuel Pombo: "De Medellín a Bogotá", en "Obras inéditas de Manuel Pombo", pp. 38-39.

⁷ Felipe Pérez: "Jeografía física y política del Estado de Antioquia". (Bogotá, Imprenta de la Nación, 1863), p. 47, se refiere al "jénial espíritu de asociación que anima a estos hombres".

⁸ Juan de Dios Restrepo tachó a los antioqueños por su "falta de espíritu de asociación. Antioquia es el país del individualismo: a todo el mundo le gusta trabajar solo, gozar solo y vivir aislado. No hay cordialidad en las relaciones sociales, ni fraternidad en las familias, ni espíritu de unión para acometer empresas industriales. En las cosas reina siempre el mayor abandono, porque a nadie le gusta afanarse por llevar a cabo mejoras cuyo provecho no sea todo para sí. En Antioquia se ve por todas partes muy enérgica la acción individual y muy débil la colectiva. Y conocemos caracteres tan heteróclitos, que renunciarían a ganar ciento, por tal de que el prójimo no ganara cincuenta. Cualquiera empresa que requiera veinte socios es imposible..." "La minería en Antioquia", "El Pueblo", n. 14, 6 sept., 1855, republicado en Emiro Kastos, "Artículos escogidos". (Londres, Juan M. Fonnegra, 1885), pp. 151-52.

política, la cultura y en la alta sociedad. Política y socialmente, dice Hagen:

Antioquia era agua estancada. En una historia de Colombia que destaca los acontecimientos políticos como la de Henao y Arrubla, escasamente se menciona a Antioquia en el recuento del siglo diecinueve. Los eventos políticos tuvieron lugar en Bogotá, Popayán, el Valle, Cartagena y en menor grado en Pasto y Santa Marta. Antioquia no se destaca. No cuenta... Los ejércitos de Antioquia que participaron en las guerras civiles de la Nación fueron notoriamente menos exitosos que las fuerzas de otras regiones...⁹.

A los colombianos sin duda les parece este bosquejo de la nulidad política y guerrera de los antioqueños un poquito exagerado. Desde los principios de la República —cuando Francisco Antonio Zea fue elegido presidente del congreso de Angostura y después vicepresidente de Gran Colombia; cuando Félix Restrepo impulsó el congreso de Cúcuta hacia la abolición de la esclavitud, y cuando José Manuel Restrepo fue el secretario del interior de Bolívar— los antioqueños hicieron un papel importantísimo en la política colombiana. También se mostraron los antioqueños bastante activos en las rebeliones de José María Córdoba en 1829 y de Salvador Córdoba en 1840. Antioquia fue el centro de la guerra civil conservadora de 1851. Y los antioqueños en 1860 fueron los únicos soldados conservadores capaces de derrotar al General Mosquera; y en esa época todas las esperanzas conservadoras dependían de las fuerzas antioqueñas. Es cierto que durante el largo dominio del Olimpo Radical los antioqueños, siendo en la mayoría conservadores, no tenían una parte importante en la política nacional (fuera de algunas excepciones como las de Camilo A. Echeverri y Juan de Dios Restrepo). Durante la época de los radicales, el Estado de Antioquia se mantuvo, intencionalmente, aislado de la política nacional. Pero aun en este tiempo las administraciones liberales siempre tuvieron que tomar en cuenta la actitud del gobierno de Antioquia y siempre quedaron preocupados con la posibilidad de una rebelión conservadora encabezada por los paisas. En las guerras de 1876-77 y 1885 los antioqueños volvieron a participar (funestamente) en la política sangrienta de la nación. Y durante la época de Núñez, y después, tuvieron puestos importantes en la política. A fines del siglo diez y nueve y a principios del siglo veinte, dos de los líderes principales en la política nacional —Rafael Uribe Uribe de una banda y Pedro Nel Ospina de la otra—, eran antioqueños.

Puede ser, sin embargo, que la política les interesó a los antioqueños menos que a algunos otros grupos regionales, notablemente los bogotanos, los caucanos y los santandereanos. Pero el relativo aislamiento político de los antioqueños (sobre todo entre 1863 y 1880) no se explica por una discriminación social o política de las otras regiones; en esta época Antioquia fue aislada por ser conservadora, no por otros motivos. Tampoco se explica el aislamiento político —hasta el grado en que existiera— por un mayor aisla-

⁹ Hagen: "El cambio social", pp. 90-91.

miento físico; todas las regiones de Colombia quedaban aisladas entre sí por las pésimas comunicaciones que prevalecían hasta bien entrado el siglo veinte; y fue tan fácil (o más) llegar a Medellín que a Cali.

Se explica la relativa falta de interés de los antioqueños en la política nacional más bien como efecto de una economía dinámica que tenía Antioquia y que no tenían Santander (eso es, la región del Socorro) y el Cauca. Las minas de oro, la esperanza de encontrar nuevas minas en las selvas todavía no conquistadas, las posibilidades de las empresas de colonización, las ganancias de las operaciones de crédito y en la importación de manufacturas para una población industrial y relativamente acomodada o adinerada, todo esto animó a los antioqueños y les llamó la atención hacia las actividades económicas. Las otras provincias —que no tenían minas de oro y que no podían hacer ganancias mayores con otros productos por falta de comunicaciones— quedaron estancadas económicamente; por falta de alternativa económica se expresaron sus ambiciones en la política. No es que faltase en Bogotá el “*achievement motive*” o la “personalidad creadora”¹⁰. Pero en el Bogotá del siglo diez y nueve las oportunidades económicas eran limitadas. Por eso los cundinamarqueses de “personalidad creadora” como los Cuervos y los Samperes, dividían su atención entre la política, la literatura o la cultura, y los negocios. Como Medellín no fue un centro nacional de la política ni de la cultura, dice el profesor Hagen, los antioqueños no fueron distraídos en forma intensa hacia estos campos de acción. Pero es más que eso. La economía antioqueña tuvo una atracción positiva; las ganancias posibles en ella enseñaron la virtud del trabajo en los negocios. En el siglo diez y nueve la economía antioqueña fue de una clase que permitió el enriquecimiento rápido de algunos individuos más o menos impecunios, a base del descubrimiento afortunado de una mina rica o del comercio con las minas. En cambio, en el Cauca y la Cordillera oriental del siglo diez y nueve, casi el único recurso fue la tierra. Las mejores tierras —las más accesibles— ya estaban acaparadas, y aun éstas no tenían un mercado provechoso. Por eso, fue más difícil en Cundinamarca o en el Cauca enriquecerse rápidamente.

Hay indicios además de que los antioqueños tenían un interés substancial en alejarse de la política nacional. Las provincias (o estados de la época radical) pobres tenían que meterse en la política nacional para asegurarse los recursos del gobierno que necesitaban para desarrollar sus vías de comunicaciones, para romper las barreras de las cordilleras, respirar el aire estimulante del comercio con el

¹⁰ Muchos escritores colombianos del siglo diez y nueve eran increíblemente prolíficos en la producción de toda suerte de obras literarias, políticas y económicas. La productividad (cuantitativa) de José María Samper acaso es un caso excepcional. Pero un impulso a la creación literaria muy notable se mostraba notablemente en muchos colombianos del siglo pasado. Ejemplos notables son Miguel Samper y Salvador Camacho Roldán, en el campo económico; José María Vergara y Vergara, Manuel María Madiedo y Medardo Rivas, en lo económico y político además de la literatura; y los muchísimos colombianos que escribieron sus memorias, artículos de costumbres y poesías en cantidades asombrosas.

exterior y terminar su estancamiento. En cambio, los antioqueños tenían por sí recursos mayores para adelantar sus vías. Es notable, por ejemplo, que la mayor parte de los caminos de herradura construidos en el período entre 1820 y 1850 con recursos particulares se construyeron en Antioquia¹¹. También en las administraciones de Pedro Justo Berrío y sus sucesores el Estado de Antioquia mostró recursos fiscales mucho mayores que los de los otros estados, y en consecuencia una mayor autonomía efectiva. Por eso, los antioqueños tenían una tendencia a mirar a las guerras políticas como una plaga que les iba a deteriorar sus riquezas, sin darles ninguna ventaja. Algunos otros grupos regionales, sobre todo los caucanos y santandereanos, veían a la política, y la posibilidad de una guerra civil, como un riesgo necesario para obtener algún poder efectivo sobre el presupuesto nacional.

Además, Medellín fue dominado por un grupo burgués bastante poderoso, un grupo de capitalistas grandes que no tenía ninguna otra capital de provincia. Para estos capitalistas el interés no fue de ganar más recursos, sino de defender los que ya tenían. Para ellos la política fue un peligro a sus intereses, no el juego interesante que divirtió las élites de las provincias más pobres y más frustradas. Los capitalistas de Medellín siempre favorecieron una política moderada e inofensiva, una política informada por el deseo muy práctico de defender sus propiedades alejándose de las tormentas. Su horror de la política tempestuosa de la nación se mostró de varias maneras. En el año de 1854, cuando las Sociedades Democráticas intentaron una verdadera revolución social, algunos capitalistas de Medellín, asustados, idearon el plan de incorporar toda la nación colombiana en los Estados Unidos, para poner fin para siempre a la inseguridad de la propiedad. Con el mismo motivo, al menos un capitalista de Medellín, Eugenio M. Uribe, se volvió ciudadano de los Estados Unidos (sin moverse de Medellín)¹². Estas muestras de un extremo de anti-politicismo en Medellín volvieron a aparecer durante la contienda de 1860-63. También en esta guerra muchos comerciantes y banqueros de Medellín trataron de salvar sus propiedades de la rapiña del General Mosquera por medio de acuerdos razonables y proclamas de neutralidad, aunque sí lucharon cuando el Gran General persistió en atacarlos. Por supuesto, los antioqueños no siempre lograron salvar sus propiedades. Cuando Mosquera al fin conquistó el estado, muchos capitalistas de Medellín, como preveían, perdieron sumas considerables por vía de empréstitos forzo-

¹¹ Véase las concesiones de privilegios para caminos en la "Codificación nacional de todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912". (12 tomos. Bogotá, 1924-1933), sobre todo los tomos III-V.

¹² "Los negociantes de esta provincia han acogido con mucho entusiasmo la idea de anexas la República a los Estados Unidos, como único medio de conseguir seguridad... Tal paso tendrá algunos inconvenientes, pero es el único remedio posible que se encuentra qué oponer a la barbarie que amenaza a devastar este país para siempre..." (Mariano Ospina Rodríguez, Medellín, a Pedro Alcántara Herrán, 28 agosto, 1854, Archivo Herrán, Correspondencia, O, fol. 66. Sobre Uribe: Eugenio M. Uribe, Medellín, a Pedro Alcántara Herrán, 25 julio, 1859, Archivo Herrán, Correspondencia, U, fol. 29; también Uribe a Herrán, 2 abril, 1855, 8 Oct., 1855, 10 Oct., 1859, *ibídem*, fols. 4, 11, 34).

sos. En los casos de Eugenio M. Uribe y Vicente B. Villa las pérdidas llegaron a 400.000 pesos cada uno. Pero esta experiencia fortaleció la convicción de estos capitalistas de que Antioquia debiera conjurar los conflictos por medio de una política discreta. Fue una política racional típica de una burguesía que tenía algo que defender. Es obvio que los capitalistas de Medellín no eran los únicos con esta mentalidad antipolítica. Bogotá también tenía un grupo de comerciantes y capitalistas que odiaba la política y sus consecuencias perturbadoras. Pero en Bogotá este grupo no tenía el mismo poder que en Medellín, porque tenía que compartir su influencia con la de los políticos y los militares. En Medellín la industria y el capital pudo dominar el frenesí político.

Además del aislamiento político de los antioqueños, el profesor Hagen hace hincapié en su supuesto aislamiento cultural y social. Los antioqueños, dice Hagen

eran mirados como socialmente inferiores por bogotanos, caleños y panyaneses. Aplicando la medida de sus valores tradicionales resulta apenas obvio que mirasen desdeñosamente o por lo menos condescendientemente a un grupo que trabajaba con sus propias manos¹³.

Esta actitud de superioridad social se mostró, según Hagen, muy claramente en la leyenda de los antioqueños-judaizantes, contra la cual los paisas han reaccionado con un espíritu creador.

No hay duda de que ha existido en Colombia un estereotipo del antioqueño como ser social. Pero los antioqueños no eran el único grupo regional que llevaba un estereotipo. Los colombianos durante la época republicana elaboraban retratos distintivos y muchas veces despectivos, de los habitantes de las varias provincias, y el concepto del antioqueño estuvo lejos de ser el peor. Por ejemplo, se ha mirado a los pastusos como tipos ingenuos y de corto entendimiento. Se han mofado de los bugueños, tildándoles de decadentes y debilitados por excesivo casamiento endógamo. Durante el siglo diez y nueve los bogotanos tenían la tendencia de mirar a los caucanos como unos salvajes belicosos y peligrosos¹⁴. Los samarios a mediados del siglo se pintaban como muy hábiles en el comercio, demasiado "habilidosos" para algunos¹⁵. Los bogotanos mismos se acusaban de rutineros y egoístas en las empresas. Por lo general se miraba a los bogotanos como gente cultivada y elegante, pero frívola al extremo e incurablemente improductiva, "el cortesano cundinamarqués"¹⁶.

¹³ Hagen: "El cambio social", p. 89.

¹⁴ Francisco Vargas, Bogotá, a Luis Escovar W., Cali, 11 agosto, 1858, Inocencio Vargas e Hijos, Cartas Comerciales, 1857-58, fols. 298-299, Francisco Vargas, Bogotá, a Marcelino Vargas, San Gil, 26 Dic., 1860, *ibidem*, 1860-62, fol. 5.

¹⁵ "Variedades", "El Vapor", Honda, 4 Nov., 1857.

¹⁶ Salvador Camacho Roldán, prólogo a Eugenio Díaz, "Manuela, novela de costumbres colombianas" (2 tomos. París, Librería Española de Garnier Hermanos, 1889), I, pp. iv-v. José María Samper tuvo el mismo concepto de Bogotá: "En Bogotá hai siempre bellas damas, hombres ilustrados, juventud luzida, agitación política, lujo, bailes i entretenimientos... todo eso está re-

Entre estos retratos regionales, el del antioqueño es uno de los más favorecidos. Hay, claro está, la especie del origen judío, que no se aplicó a otro grupo en Colombia. Pero el estereotipo de los paisas siempre ha sido más positivo que negativo. José María Vergara y Vergara, uno de los bogotanos que propagó la leyenda judía, halló comprobación de la antecendencia hebrea en "la espléndida belleza de sus mujeres... su innato carácter comercial, y... la organización patriarcal de la familia". A la vez, Vergara y Vergara describió al antioqueño del bajo pueblo como el "más bello tipo... de toda la República... inteligente, gran trabajador y muy honrado"¹⁷.

A mediados del siglo diez y nueve el concepto bogotano del antioqueño no fue más negativo que sus ideas sobre los otros provincianos, y aun sobre sí mismo. Se pintaba al antioqueño como tipo muy parecido al estereotipo del santandereano serio, sano, sencillo, llano, franco; trabajaba fuertemente, y peleaba con igual vigor. Medardo Rivas, quien empleó una cuadrilla de antioqueños para descuarjar el monte en su finca tabacalera de Guataquisito, describió con asombro su industria titánica, con respeto su honestidad y honradez en el trato económico, y con consternación sus capacidades en el consumo de aguardiente y en las peleas con machete¹⁸. Entre los escritores bogotanos, el énfasis sobre la laboriosidad del antioqueño no significaba una actitud de desprecio. Al contrario, el trabajo tenía en el siglo diez y nueve un valor positivo, al menos verbalmente. Se nota, por ejemplo, que "laboriosidad" fue una de las palabras de encomio más utilizadas en los artículos de necrología en la prensa bogotana.

Tampoco el retrato del antioqueño sencillo implicaba necesariamente falta de cultura entre ellos. Manuel Pombo en su andanza por Antioquia en 1852 notó con admiración que aun en las regiones más aisladas y primitivas los agricultores y sus mujeres estaban leyendo libros¹⁹. Es muy evidente que Antioquia no tenía la alta cultura ni las universidades y los grupos literarios que tenía Bo-

presentado económicamente por la palabra consumo... Bogotá es una bella flor parásita que solo vejeta..." ("Impresiones de viaje", "El Tiempo", 27 Feb., 1855). Miguel Samper presentó el mismo retrato de la ciudad capital: "La vida de Bogotá es artificial en su mayor parte... su progreso real será muy lento por más que esa lentitud se encubra con casas refaccionadas, muebles costosos, vestidos elegantes, conciertos i peroratas. Cierta es que Bogotá es un taller de oraciones, misas, leyes, decretos, circulares, galápagos, zamarras y doctores... Bogotá es una ciudad parásita..." "El ex camino de occidente", "El Tiempo", 21 abril, 1857).

¹⁷ Citado por Emilio Robledo en el prólogo de la obra de Gabriel Arango Mejía, "Genealogías de Antioquia y Caldas" (2 tomos, segunda edición. Medellín: Imprenta Departamental, 1942), pp. xii-xiii.

¹⁸ Medardo Rivas: "Los trabajadores de tierra caliente". (Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1946), pp. 212-13.

¹⁹ Manuel Pombo: "De Medellín a Bogotá", *passim*.

gotá²⁰. Pero los bogotanos por lo general no despreciaban la sociedad antioqueña por inculta. Más bien, admiraron enfáticamente la sanidad e inteligencia de sus costumbres. Puede ser que los antioqueños tienen tan marcada conciencia de sí y de su valor, en parte porque todo el mundo les ha reconocido sus buenas calidades. Ya que existía el concepto del antioqueño inteligente, sano e industrial, los hijos de Antioquia sentían una necesidad de esforzarse para justificar el alto concepto que ellos mismos y los otros colombianos tenían de su tipo²¹. Sobre todo en la época republicana, cuando la notable laboriosidad de los antioqueños empezó a conocerse en todo el país, los antioqueños, como grupo, comenzaron a encontrar en su actividad y habilidad en los negocios su identidad, su personalidad.

Probablemente este sentido de identidad provincial se desarrolló lentamente entre el bajo pueblo antioqueño, que rara vez sabía lo que pensaban de ellos los otros colombianos, al menos en el siglo diecinueve. Los que sí tenían conciencia de los conceptos de los otros eran los antioqueños de la clase alta. Y ellos siempre recibieron respeto y amistad de los otros colombianos. Todos los antioqueños cultos, o ricos, que vinieron a Bogotá inmediatamente se incorporaron en la clase alta de la capital. Los Arrublas, de la ciudad de Antioquia, y Raimundo Santamaría, de Medellín, figuraron entre los amigos más íntimos del Presidente Santander. José Manuel Restrepo y Juan de Dios Aranzazu hicieron papeles principales en la rosca conservadora de los linajudos cundinamarqueses Rufino Cuervo e Ignacio Gutiérrez Vergara; por lo mismo, eran unos de los líderes más importantes del naciente partido conservador²². En épocas posteriores, otros antioqueños —negociantes, literatos o políticos— siempre encontraron la misma bienvenida en Bogotá.

En las relaciones sociales, en Bogotá, en Cartagena o en Popayán, los atributos de clase siempre eran considerados mucho más importantes que las identidades regionales. En todas partes

²⁰ Sin embargo, la burguesía de Medellín fue bastante cultivada y orientada hacia la ilustración del siglo. Hagen exagera cuando sugiere que los bogotanos mandaban sus hijos al extranjero para recibir educación mucho más que los antioqueños en el siglo diez y nueve. (Hagen, "El cambio social", p. 70). De los 44 estudiantes colombianos en el cuidado del General Pedro Alcántara Herrán en los Estados Unidos desde 1848 hasta 1862, 16 eran de Bogotá mientras 11 venían de Medellín. Considerando el tamaño relativo de las dos ciudades, y el hecho de que Herrán fue cundinamarqués, la representación antioqueña parece bastante grande.

²¹ Felipe Pérez, por ejemplo, alabó a los antioqueños por "sus costumbres, robustez i laboriosidad", su "genio emprendedor i comercial"; describió Medellín como uno de los sitios bellos en la república, sobre todo por sus jardines bien cuidados. Aunque, como muchos otros observadores españoles y colombianos de la Colonia y del siglo diez y nueve, despreciaba la gente de las tierras calientes de Remedios y Zaragoza, admiraba mucho a los blancos de la misma región, por tener "una rara inteligencia... un grande espíritu de empresa, sin distinción de condición ni clases, es mui común ver individuos, sin más recurso que su trabajo personal, acometer empresas agrícolas i mineras sin pararse por los reverses de la suerte hasta llegar a un éxito feliz a fuerza de constancia..." ("Jeografía... de Antioquia", pp. 27, 42-47).

²² Véase las muchas cartas de Juan Manuel Arrubla a Santander en el "Archivo Santander", *passim*; sobre Aranzazu y los cundinamarqueses. Véase el "Epistolario del doctor Rufino Cuervo", *passim*.

de Colombia se identificaron los de la clase alta según sus modalidades, su riqueza, y careciendo de ésta, su educación. El origen regional no importaba. Por eso, don Raimundo Santamaría, de una distinguida (rica) familia de Medellín, pudo casarse con una de las aristocráticas Roviras más o menos de paso por Santa Marta; por eso el mismo don Raimundo fue elegido alcalde de Bogotá poco después de establecerse en la ciudad capital²³. Don Francisco Montoya, nacido en Rionegro, nunca figuró como literato ni político. Pero fue, a través de los años, uno de los hombres más prestigiosos en Bogotá (con Santamaría, los Arrublas, Aranzazu y Restrepo)²⁴.

La realidad es que, quien tuviera dinero, de cualquier parte, era aceptado inmediatamente en la clase alta de Bogotá. La actitud de los santafereños al respecto se ve en el comentario de Ignacio Gutiérrez Vergara sobre la boda que celebró una de las familias más distinguidas de Bogotá:

Josefita Saiz, hija de José María, se casó el día 1º del año con José María Gómez Resrepo, de Antioquia, hombre excelente y de \$ 50.000 de caudal. Muy a satisfacción de todos ha sido este matrimonio, en cuya celebración veo una recompensa de las virtudes de nuestro amigo Saiz... Mi tío Isidro dice que doña Isabel y José María han debido salir con vara de palio a recibir al novio a la puerta de la casa...²⁵.

Parece que las santafereñas se casaron con los ricos antioqueños sin ninguna vacilación. Por supuesto, se casaron con ricos de cualquiera parte con igual agrado y gracia.

Porque la sociedad colombiana en el siglo diez y nueve respetaba el poder del dinero, todos los ricos ocupaban sus rangos más altos. Y los capitalistas antioqueños tenían, por lo general, más riqueza que nadie. Mejor dicho, tenían mucho oro.

Según los cálculos de Vicente Restrepo, Antioquia produjo (hasta 1890) más del 46 por ciento de todo el oro minado en lo que es

²³ Camilo Pardo Umaña: "Haciendas de la Sabana: su historia, sus leyendas y tradiciones". (Bogotá, Editorial Kelly, 1946), pp. 200-203; "Constitucional de Cundinamarca", 6 Nov., 1831; Joaquín Ospina: "Diccionario biográfico", III, pp. 622-623.

²⁴ Joaquín Posada Gutiérrez: "Memorias histórico-políticas" (segunda edición, 4 tomos. Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, 1929), I, 30; "Boletín industrial", "El Tiempo", 8 Dic., 1857. Se habla aquí del concepto público de Montoya. A veces los bogotanos que tenían negocios con don Pacho emitieron juicios distintos: "Celebro que hubiese recibido el tabaco de Montoya... quizá se determinará con esto Dn. Pacho Montoya a entrar en nuevos negocios, aunque no es mucho el jugo que puede sacársele. Este es un hombre mui apogado a su dinero, profundamente egoísta i mui escaso de sinceridad i de franqueza. El no tiene consideraciones, sino con las personas de quienes algo espera..." (Rufino Cuervo al General Pedro Alcántara Herrán, 18 marzo, 1851, Archivo Herrán, Correspondencia Cuervo, fol. 54). No es que Cuervo, como cundinamarqués, despreciara a todos los negociantes antioqueños. Consideraba al gran capitalista Vicente B. Villa "un caballero en toda la extensión que una sociedad culta da a esta palabra". (Cuervo, Bogotá, a Pedro Alcántara Herrán, 29 julio, 1852, Archivo Herrán, Correspondencia, Cuervo, fol. 63).

²⁵ Ignacio Gutiérrez Vergara, Bogotá, a Rufino Cuervo, Quito, 12 enero, 1842, "Epistolario del doctor Rufino Cuervo" (3 tomos. Bogotá, Biblioteca Nacional de Historia, 1918-1922), II, 182.

ahora Colombia. El occidente, incluyendo el Chocó y el Cauca, del cual Antioquia fue el foco comercial, produjo más del 90 por ciento del oro colombiano. Y la proporción antioqueña del oro producido en el occidente durante el siglo diez y nueve —la época crítica del desarrollo, de la formación de grandes capitales— se calcula en más de 63 por ciento ²⁶.

Esta producción del oro dio a Antioquia un poder económico muy grande, dentro del marco colombiano. En la Colonia, el oro fue casi el único y en todo caso el más importante producto de exportación. A fines de la Colonia, se calculaba el oro en más del 85 por ciento de las exportaciones del Nuevo Reino de Granada; parece que Antioquia, con aproximadamente el 8 por ciento de la población, estaba produciendo más del 40 por ciento de las divisas exteriores de lo que es ahora Colombia ²⁷. En la década de los 1830, según la estadística oficial, el oro de Antioquia todavía producía el 35 por ciento de las divisas colombianas. Y esto sin considerar el oro sacado de contrabando, que se calculaba entre el 25 y el 100 por ciento del oro registrado ²⁸. En las últimas décadas del siglo diez y nueve, el oro antioqueño todavía representaba el 25 por ciento de las exportaciones totales, a pesar del desarrollo sucesivo del tabaco, la quina, y el café (en los cuales también los antioqueños hicieron papel mayor) ²⁹. A través del siglo diez y nueve, las exportaciones **per cápita** de la provincia de Antioquia eran cuatro veces mayores que las del resto de la nación ³⁰.

A pesar de esta gran producción del oro, los intérpretes modernos del fenómeno de los antioqueños insisten en la pobreza de esta provincia hasta tiempos más o menos recientes. Hagen cree que “hasta bien entrado el siglo diecinueve Antioquia era de las regiones más pobres del país”. Se funda en las descripciones de la provincia de Mon y Velarde sobre la falta de servicios públicos, de José Manuel Restrepo sobre el atraso técnico en las minas, de

²⁶ **Vicente Restrepo**: “Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia”. (Bogotá, Banco de la República, 1952), pp. 71, 104, 199-200, 276.

²⁷ “Informe de don José Ignacio de Pombo (del Consulado de Cartagena) sobre asuntos económicos y fiscales”, “Boletín de Historia y Antigüedades”, año XIII, n. 154 (1921), p. 692. Este cálculo incluyó lo que llegó a ser el Ecuador, que fue el productor agrícola más importante en el comercio externo del Nuevo Reino; sin la contribución del Ecuador, la importancia del oro sería aún mayor.

²⁸ “Riqueza minera de Antioquia, i de otras provincias”, “El Argos”. Bogotá, 25 Nov., 1838. Calcula la producción del oro en Antioquia en los 1830 en más que \$ 1.150.000 anuales. En esta época, según los datos oficiales, las exportaciones totales tenían un promedio anual de \$ 2.636.000.

²⁹ Según Vicente A. Restrepo, en “El Herald”, Medellín, 30 enero, 1874, y Tomás Herrán, Medellín, a the Honorable W. Hunter, Second Assistant Secretary of State, Washington, 4 enero, 1879, United States Consular Reports, Medellín, las exportaciones anuales del oro de Antioquia desde 1869 hasta 1876 montaban a más de \$ 2.300.000. En la misma época las exportaciones totales de la nación, según la estadística oficial, eran de \$ 9.200.000 anuales (1870-75).

³⁰ En los 1830, cuatro pesos per cápita en Antioquia, y un peso en el resto de la nación. En los 1870 6.8 pesos en Antioquia, contra 2.5 pesos en el resto de la nación.

Finestrad sobre la pobreza de los trabajadores mineros. Siguiendo los pasos de Emilio Robledo y Parsons, cita la famosa observación del Padre Finestrad, en 1783, que las minas lejos de ser "el ramo más feliz de la Corona... son la causa de los atrasos sensibles de las provincias. La de Antioquia que toda está lastrada de oro, es la más pobre y miserable de todas". Hagen concluye de estas observaciones que el ingreso **per cápita** en Antioquia debió haber sido marcadamente inferior que las del Valle y la Sabana de Bogotá durante la Colonia ³¹.

Para comprender el significado de estas observaciones, hay que saber varias cosas. Las lamentaciones de los administradores españoles sobre la pobreza antioqueña tienen que ver muchas veces con la falta de servicios públicos que creían necesarios en un pueblo civilizado. Seguramente hacía falta en Antioquia fuentes de agua, buenas calles y buenos caminos. Pero la coexistencia de una pobreza pública con una riqueza particular es perfectamente factible, sobre todo en pueblos de fundación reciente y muy lejos de los centros administrativos, eso es, con las condiciones del "frontier" (en el significado norteamericano). Hay que recordar que Antioquia estuvo caracterizado en la época colonial por núcleos migratorios, moviéndose según los descubrimientos de minas nuevas y ricas y la decadencia de las ya explotadas ³². En estas circunstancias es muy posible que las comunidades parezcan pobres. Hay que notar que las descripciones de pobreza en Antioquia se enfocan más que todo en los pueblos de minas, que eran los menos estables; en Medellín y Rionegro, los centros comerciales que desarrollaron en el siglo diez y ocho, se encontraba una comodidad igual al menos con la de Bogotá ³³.

Hay que comprender también que la pobreza que describieron Finestrad y Mon y Velarde era una pobreza relativa, una pobreza sorprendente considerando los recursos de Antioquia y sus posibilidades. Debe saberse que la declaración completa de Finestrad dice

³¹ Hagen: "El cambio social", pp. 66-67, 69.

³² West: "Colonial Placer Mining", pp. 23-30, 102-106; Parsons: "La colonización antioqueña", pp. 65-78.

³³ Las ciudades (o pueblos en realidad) en el peor estado en el siglo diez y ocho eran las antiguas comunidades mineras que habían sufrido una decadencia notable, como Remedios, Zaragoza, Cáceres y Santiago de Arma. Sus habitantes eran casi todos los descendientes de esclavos y eran pobrísimos, dentro del cuadro antioqueño. En cambio, Rionegro y Medellín tenían un grupo notable de "gente distinguida y de caudal". Francisco Silvestre: "Relación del estado de la Provincia de Antioquia", en "Descripción del Reyno de Santa Fe de Bogotá". (Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1950), pp. 185-186, 189-196. A fines de la Colonia en Medellín se habían desarrollado notables distinciones de clase, y la clase alta desplegó su riqueza en el uso de gran cantidad de objetos de plata, según Teodomiro Llano en su "Biografía del señor Gabriel Echeverri E.". (Bogotá, Medardo Rivas, 1890), pp. 5-16. ("...la plata andaba a porrillo: plata en la vajilla, plata en las armas, plata en el vestido, plata en las espuelas y demás arrees de cabalgar, y hasta en las herraduras de los caballos...") Boussingault, que visitó Antioquia en 1825, encontró en Rionegro y Medellín comodidades iguales a las de Europa; dijo que, si no existiera París, viviría en Medellín. (Citado por Vicente Restrepo, "Estudio", p. 51 y Emilio Robledo, en Arango Mejía, "Genealogías", I, p. xx).

que Antioquia era “la más pobre y miserable de todas, a proporción de la riqueza que en sí contiene, y del mayor valor y estimación que puede ofrecer al Real Erario”³⁴. Lo que pasa es que a fines del siglo dieciocho, Antioquia había llegado a una decadencia relativa. Se habían gastado las minas más accesibles y las más fáciles de trabajar; las malas comunicaciones con las minas nuevas y lejanas, y la tecnología primitiva de la época, hacían menos provechosa la minería que en tiempos anteriores. Esto fue el fenómeno que comentaron Francisco Silvestre en 1776 y José Manuel Restrepo en 1808³⁵.

La decadencia relativa de la minería antioqueña que caracterizó el fin de la Colonia cedió a un desarrollo dinámico en las primeras décadas de la República. Entre 1820 y 1850 varios ingenieros extranjeros introdujeron mejoras técnicas que hicieron posible la explotación provechosa de las minas de veta. Animados por estos adelantos técnicos los antioqueños buscaron nuevas minas por todas partes. Durante los 1830 muchas minas nuevas y productivas se descubrieron, y la producción de la provincia subió a un nivel superior a \$ 1.250.000 anuales³⁶. En los 1840 también se encontraron hallazgos mayores, que rindieron ganancias fabulosas³⁷.

Fuera del atraso técnico, la otra causa de la “pobreza” antioqueña en la Colonia fue la tendencia hacia una economía monocultura. Aunque se cultivó mucho maíz, base principal de la comida antioqueña, dentro de la provincia, una parte de los artículos de consumo común se importaban —sobre todo harina y textiles burdos de las provincias orientales, y vino y artículos de lujo de España— a un costo muy alto. Finestrad hizo hincapié en la “pobreza” antioqueña, porque lamentaba la necesidad de exportar el oro; quería una economía mejor equilibrada, si no autárquica, en la cual todos los artículos de primera necesidad se producirían den-

³⁴ Joaquín de Finestrad: “El vasallo instruído en el estado del Nuevo Reino de Granada...”, en E. Posada y P. M. Ibáñez, eds., “Los comuneros”. (Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1905), p. 135.

³⁵ Silvestre: “Relación...”, pp. 142-148, 176-177; Restrepo citado por Vicente Restrepo, “Estudio”, pp. 50-51 y Emilio Robledo, en Arango Mejía, “Genealogías”, I, xix-xx.

³⁶ Vicente Restrepo: “Estudio”, pp. 51-54; José Manuel Restrepo en su “Diario político y militar” (4 tomos. Bogotá, Imprenta Nacional, 1954), II, 303, 314, 370, registra la creciente prosperidad de Antioquia en los 1830, a base de los adelantos en la minería y los descubrimientos de minas nuevas. Mientras tanto Bogotá y las provincias circunvecinas sufrían una depresión aguda y angustiosamente larga. Los informes del gobernador de Antioquia, Francisco A. Obregón, entre 1836 y 1839 también dan muchos pormenores sobre la prosperidad minera de Antioquia. Véase también “Riqueza minera de Antioquia, i de otras provincias”, “El Argos”, Bogotá, 25 Nov., 1838.

³⁷ Véase Estanislao Gómez Barrientos, “Don Mariano Ospina y su época” (2 tomos. Medellín, 1913), I, 239, 302, 324, 327, que da muchas noticias de descubrimientos afortunados entre 1842 y 1845. Durante la “guerra de los supremos”, el líder más importante de los conservadores en Bogotá, don Mariano Ospina Rodríguez, se hallaba “en los montes del Nordeste de Antioquia estableciendo una mina...” (Mariano Ospina, Bogotá, al General Pedro A. Herrán, 29 Nov., 1841, Archivo Herrán, Correspondencia, Ospina).

tro de la región a menor costo³⁸. Este problema también se mejoró en las primeras décadas de la República. En los 1830 se creditó Antioquia con la producción de la gran mayoría de sus alimentos. En cambio, en el Chocó, que tenía un clima desfavorable para la agricultura, todavía tenían que importar los alimentos a costos altos. Muchos se importaron de Antioquia³⁹.

Hay que observar también que no obstante los datos de los observadores de la pobreza antioqueña, éstos indican ingresos monetarios **per cápita** en Antioquia muy superiores al resto del país. Silvestre en 1776 habla de un jornal en las minas de cuatro reales; según Finestrada, en los 1780, la gente más pobre —los mazamorreros— ganaban entre cuatro y seis reales diariamente⁴⁰. En la misma época, el jornal en las tierras frías de la Cordillera Oriental fue a lo más de un real⁴¹. Esto no quiere decir que el nivel de vida del mazamorrero antioqueño fue mucho más alto que el nivel del campesino boyacense o el artesano socorrano, porque los precios en Antioquia también tenían un nivel relativamente alto. La carne en Antioquia costaba dos pesos (16 reales), por arroba, contra seis reales en el oriente⁴². La economía antioqueña sencillamente tuvo un nivel de costos, de todas clases, más alto que las otras provincias. Si los antioqueños eran pobres, eran pobres a un nivel monetario muy superior a la pobreza de los campesinos del oriente. Para el bajo pueblo quizás esta diferencia no tendría importancia, porque los costos siempre tendían a absorber los sueldos. Pero alguien que lograra acumular un capital en este alto nivel monetario tendría un poder económico muy grande en las otras regiones con niveles más bajos.

El oro fue importante, no porque creó un nivel de vida alto en Antioquia sino porque facilitó la acumulación de capitales grandes en las manos de unos pocos, permitiéndoles emprender negocios mayores en Antioquia, a través de la nación, y (a mediados del siglo diecinueve) en el extranjero. Seguramente los mazamorreros no se volvieron ricos; tal vez también la gran mayoría de las empresas de minas perdieron, o no ganaron mucho. Los que sí ganaron fueron los comerciantes —los “rescatantes” de Medellín y Rionegro— que proveyeron las regiones mineras con los artículos de consumo. Hay que recordar que los comerciantes en Antioquia tenían trato no solo con las minas de Antioquia, sino también con las provincias

³⁸ Finestrada: “El vasallo instruido”, pp. 136-137; Mon y Velarde y José Manuel Restrepo también trataron de fomentar la agricultura para establecer una balanza económica (Parsons: “La colonización antioqueña”, pp. 103, 164).

³⁹ “Riqueza minera de Antioquia i de otras provincias”, “El Argos”, Bogotá, 25 Nov., 1838.

⁴⁰ Silvestre: “Relación”, p. 143, dice que el jornal ordinario fue de cuatro reales (1776); Finestrada: “El vasallo instruido”, p. 136, regula los mazamorres en cuatro a seis reales (1783).

⁴¹ Luis Ospina Vásquez: “Industria y protección en Colombia, 1810-1930”. (Medellín, Editorial Santafé, 1955), pp. 15, 18.

⁴² Gómez Barrientos: “Don Mariano Ospina”, I, 122; Pedro Fermín de Vargas: “Pensamientos políticos”. (Bogotá, Banco de la República, 1953), pp. 76-77.

del Cauca y del Chocó. Hasta fines del siglo diecinueve, cuando Cali al fin logró comunicaciones regulares con Buenaventura, Medellín tuvo casi un monopolio del comercio de importación al oriente. Así, los comerciantes de la capital antioqueña sacaban provecho de las regiones produciendo más del 90 por ciento del oro colombiano. Este comercio enriqueció a los Uribe, los Restrepo, y muchos otros magnates de Medellín⁴³. De las familias ricas creadas en el comercio salieron no solo los Uribe y Restrepo, sino también los Montoya y los Santamaría, y al fin los Vicente B. Villas, para dominar las actividades económicas de las otras regiones del país.

El oro les ayudó mucho a los antioqueños en su dominio económico por ser un género de comercio muy útil en un país y en una época de comunicaciones malas e instituciones financieras primitivas. En la Colonia, los comerciantes españoles no quisieron aceptar otro medio de pago que el oro; también el oro fue el medio de pago más fácil en el comercio de contrabando con Jamaica. Todavía en las primeras décadas de la República, cuando todavía se hacía la mayoría de las importaciones de Kingston, los comerciantes ingleses en Jamaica prefirieron recibir oro en polvo en vez de hacer operaciones de crédito comercial⁴⁴. Aun después de 1850, cuando muchos comerciantes colombianos habían establecido su crédito en Inglaterra y Francia, el oro quedó como un medio de pago principal, por la flaqueza de las exportaciones de otros productos. Obviamente los comerciantes de Medellín tenían una ventaja clara sobre sus semejantes en Bogotá. Los antioqueños controlaban el medio de pago más importante; los comerciantes bogotanos a menudo tenían que recurrir a ellos para hacer sus pagos al exterior⁴⁵.

En el comercio del interior el oro antioqueño también hizo un papel importantísimo, porque dio a los capitalistas de Medellín la fuente más importante del crédito doméstico. Prácticamente no existían instituciones de crédito en Colombia antes de 1870. Las primeras cajas de ahorro se establecieron desde 1844, pero nunca controlaron capitales grandes. En su época de mayor importancia, en 1858-1859, sus depósitos totales no llegaron a más de 400.000 pesos⁴⁶. El primer banco comercial, el sucursal en Bogotá del **Banco**

⁴³ Gómez Barrientos: "Don Mariano Ospina", I, 47-48 et seq.

⁴⁴ E. Posada y P. M. Ibáñez, eds., "Relaciones de mando". (Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1910), pp. 145-146; Magnus Mörner: "El comercio de Antioquia alrededor de 1830 según un observador sueco", "Anuario colombiano de historia social y de la cultura", II, n. 2 (1964), 323-24, 327.

⁴⁵ Inocencio Vargas e Hijos, Bogotá, "Cartas comerciales", 1851 et seq. passim.

⁴⁶ La primera caja de ahorros, en Colombia, parece, fue fundada en Cartagena en 1844. ("El Día", Bogotá, 3 Nov., 1844). La de Bogotá se fundó a fines de 1845. En 1847 había cuatro, con las adiciones de la caja de Antioquia en Medellín y la de Santa Marta. En este año los depósitos totales de los cuatro eran solamente 80,720 pesos de .8. ("Gaceta de la Nueva Granada", 22 abril, 1847). Los depósitos posibles de 1858-59 se calcularon a base de datos en "El Tiempo", 15 Sep., 1857, "El Constitucional de Antioquia", 17 Dec., 1858, y Caja de Ahorros de Bogotá, "13º informe anual de la junta de inversión i superintendencia". (Bogotá, Pizano i Pérez, 1859). Parece que todas las cajas desaparecieron en el torbellino de la guerra civil de 1859-1862.

de Londres, México y Suramérica, tuvo una vida fugaz (1864-1868) y no alcanzó importancia. Sin bancos comerciales ni cajas hipotecarias, los terratenientes de la Sabana, o de Boyacá, o del Valle no podían crear crédito a base de sus propiedades; por grandes que fueran, no podían movilizar sus capitales para fundar grandes empresas comerciales o manufactureras⁴⁷. El crédito quedó restringido a la moneda circulante, con la ayuda muy limitada de las letras comerciales; y en el oriente la moneda circulante siempre salía hacia el exterior en el pago de importaciones. Los únicos que tenían recursos grandes y líquidos eran los antioqueños. Estos recursos líquidos les permitieron dominar todas las actividades económicas mayores, o directamente por inversión o indirectamente por vía de préstamos.

La importancia de estos recursos líquidos se mostró de varias maneras. Cuando las fuerzas patriotas declararon un empréstito en 1820, los capitalistas de Antioquia contribuyeron 400.000 pesos con la mayor voluntad y sin el menor esfuerzo. Cuando el General Santander trató de levantar 500.000 pesos más en 1823, pidió 40.000 pesos de los comerciantes de Bogotá. Estos no eran capaces de suministrar 3.000 pesos. El empréstito se salvó en Bogotá únicamente por la intervención de los Arrubla y Francisco Montoya, quienes hicieron un avance de 50.000 pesos⁴⁸. Ya se notó que el General Mosquera en 1862 sacó cientos de miles de pesos en empréstitos forzosos de unos pocos individuos en Medellín. En Bogotá los únicos que tendrían tanto dinero en forma líquida eran los antioqueños residentes en la capital.

También mostraron sus recursos en los préstamos particulares. En la famosa quiebra de Judas Tadeo Landínez, se descubrió que el financista boyacense montó sus especulaciones locas con 400.000 pesos en oro prestados de Antioquia⁴⁹. El oro antioqueño continuó siendo un recurso crediticio de suma importancia en las otras provincias de Colombia al menos hasta el establecimiento de los primeros bancos comerciales en los 1870. Raimundo Santamaría, Manuel Vélez y Pedro Uribe Arango eran entre los prestamistas más importantes residentes en Bogotá. En la misma época, Vicente B. Villa en Medellín hizo préstamos de cientos de miles de pesos a agricultores no solo en Cundinamarca sino también en el Tolima y el Valle⁵⁰.

⁴⁷ Véase el caso de José María Cortés, "A los hombres imparciales". (Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1869), p. 2, que no pudo invertir su capital en el negocio floreciente de la navegación a vapor del Magdalena, por no poder vender sus tierras en Boyacá al contado.

⁴⁸ David Bushnell: "The Santander Regimen in Gran Colombia". (Newark, Dela, University of Delaware, 1954), pp. 97-98.

⁴⁹ Ignacio Gutiérrez Vergara a Rufino Cuervo, 2 Feb., 1842, en "Epistolario de Cuervo", II, 196. En la quiebra de Landínez, Francisco Montoya perdió 100.000 pesos, aparentemente sin dañarse mucho, mientras casi todos los bogotanos y santandereanos envueltos en los negocios de Landínez tuvieron que seguirle a la quiebra. (José María Pino, Mompós, al General Pedro Alcántara Herrán, 2 marzo, 1842, Archivo Herrán, Correspondencia, Pino).

⁵⁰ Inocencio Vargas e Hijos, Bogotá, "Cartas comerciales", 1866, fols. 191, 202, 219, 231, 243, 445, 499.

El poderío financiero de los antioqueños en el siglo diecinueve se mostró también en sus inversiones directas. Los antioqueños no eran siempre los primeros en empezar nuevas clases de empresas. Las fábricas de clase moderna se fomentaron primero entre los terratenientes y burócrata-políticos santafereños, treinta años antes de intentarlas en Antioquia ⁵¹. También muchos bogotanos contribuyeron al desarrollo de las exportaciones del tabaco después de 1833, de la quina después de 1848, y del añil después de 1855. El más importante productor y fomentador del algodón durante la guerra civil de los Estados Unidos (1861-1865) fue el comerciante bogotano, Mauricio Rizo ⁵². Pero los bogotanos, a pesar de tener parte importante en iniciar estas nuevas industrias, siempre tuvieron que ceder a los recursos mayores de los antioqueños, si el negocio interesaba a éstos. Parece que el gobierno granadino cedió el monopolio de la producción del tabaco en Ambalema a Francisco Montoya, porque ya era el capitalista más grande y más seguro del país. Después de la abolición del monopolio en 1850 los antioqueños también desplegaron su poder capitalista. Los datos disponibles indican que en 1852 tres compañías antioqueñas controlaron más de las dos terceras partes de las exportaciones de Ambalema. (El 18 por ciento estuvo en manos de una compañía inglesa y tres compañías bogotanas quedaron con los restos) ⁵³. En épocas posteriores, los exportadores antioqueños, sobre todo los Uribe y Posada Muñoz y Cía., eran los únicos que podían competir con los recursos grandes de la "casa inglesa", Fruhling & Goschen. El poder económico de los antioqueños se notó no solo en las casas exportadoras sino también en los grandes préstamos que hicieron los capitalistas de Medellín a los exportadores antioqueños. Los exportadores en Ambalema —Montoya, Sáenz y Cía., Posada Muñoz y Cía., Andrés Toro— (todos antioqueños), así como varios exportadores extranjeros, dependían del refortalecimiento de préstamos que les dieron Vicente B. Villa y otros capitalistas de Medellín ⁵⁴. Y en Bogotá todos los negocios quedaron suspendidos hasta cuando el oro antioqueño vino a Ambalema para comprar tabaco y hacer avances para la próxima cosecha; con la cosecha, los capitales antioqueños vinieron, el cambio sobre el extranjero en Bogotá bajó notablemente, y todos los negocios de repente se animaron ⁵⁵. Se puede decir que el oro antioqueño sirvió de base creditaria de la mayor parte de la industria tabacalera y a la vez de gran parte de las importaciones de Europa a mediados del siglo diecinueve. También muchos ganaderos y otros hacendados del oriente produciendo para un mer-

⁵¹ Frank Safford: "Foreign and National Enterprise in Nineteenth Century Colombia", "The Business History Review", XXXIX, n. 4. (Winter, 1965), pp. 516-519; Ospina Vásquez: "Industria y protección", pp. 161-164.

⁵² "El Tiempo", 8 junio, 1864.

⁵³ Miguel Samper: "Ambalema", "El Neo-Granadino", 27 agosto, 1852; Manuel Pombo: "De Medellín a Bogotá", pp. 193-194.

⁵⁴ "Boletín Industrial", "El Tiempo", 8 Dec., 1857; Inocencio Vargas e hijos, "Cartas comerciales", 1866, fols. 191, 202, 219, 231, 243, 445.

⁵⁵ "Boletín industrial", "El Tiempo", 15 mayo y 5 junio, 1860.

cado puramente doméstico dependían de los préstamos de los capitalistas de Medellín.

Parece que el poder económico de los antioqueños fue el origen y la causa de la leyenda de los antioqueños judaizantes, y no el resultado de la leyenda. Hay noticia, una sola, del concepto del antioqueño judío a principios del siglo diecinueve. Pero la leyenda no tomó cuerpo y no se difundió sino a mediados del siglo diez y nueve. Circulada en Bogotá en los 1840 a lo más temprano, y no alcanzó a tener boga sino después de 1850⁵⁶. Pero ya en esta época los antioqueños habían dado lugar a cierto resentimiento con la extensión de su dominio de los negocios a través de la nación. Francisco Montoya y Manuel Antonio Arrubla, como comisionistas en el empréstito extranjero de 1824, fueron los únicos colombianos que ganaron claramente de los varios empréstitos ingleses de la época de la independencia; ganaron más de 200.000 pesos, una suma inmensa para la época⁵⁷. Desde 1832 hasta 1855, Montoya, su primo José María Pino y sus amigos efectivamente monopolizaron la navegación del Magdalena. No solo eran dueños de la mayor parte de las embarcaciones sino también tenían control del camino de herradura entre el término de navegación y el camino de Honda⁵⁸. Entre 1845 y 1855 Montoya y otros antioqueños dominaron la industria del tabaco en Ambalema. Con el dominio de esta industria y de los transportes del Magdalena, los antioqueños controlaron efectivamente la vida comercial del país. Además, en la misma época, las compañías antioqueñas de Montoya Sáenz y de Santamaría y Uribe eran los únicos comisionistas colombianos en Inglaterra. Así podían dar la ley a los menos financiados y peor relacionados importadores de Bogotá. En esta posición, aunque siempre amables, también siempre cargaron a los importadores bogotanos con comi-

⁵⁶ Véase el bosquejo histórico de la leyenda del origen semítico de Emilio Robledo, en Arango Mejía, "Genealogías", I, vii-xv. Fuera de una sola referencia a los antioqueños como judíos de Manuel Antonio del Campo y Rivas, en 1803, las noticias de esta idea todas son de a mediados del siglo diez y nueve, y más que todo de la segunda mitad del siglo. Mariano Ospina Rodríguez escribió en 1875 que él había oído repetir la especie "desde 20 o 30 años atrás". ("Los israelitas y los antioqueños", en Ospina Rodríguez: "Artículos escogidos". (Medellín, Imprenta Republicana, 1884, p. 249. Tomado de "La Sociedad". Medellín, 3 julio, 1875); Parsons: "La colonización antioqueña", p. 98, está de acuerdo con la tesis que la leyenda semítica no se difundió sino a mediados del siglo diez y nueve.

⁵⁷ Clímaco Calderón: "Elementos de hacienda pública". (Bogotá, Imprenta de La Luz, 1911), p. 270-271. Montoya y Arrubla ya eran ricos antes de negociar el empréstito.

⁵⁸ José T. Gaibrois: "Estudio biográfico de don José María Pino". (Bogotá, Imprenta de Silvestre y Compañía, 1887), pp. 6-32; Decreto de 5 de junio, 1833, "Codificación nacional", V, 79, concediendo a Montoya y compañía un privilegio para abrir un camino de herradura desde el sitio de la bodega de Bogotá hasta el de la Madre de Dios; Remitido firmado por "Unos muleros", en "El Día", 16 Nov., 1845; Miguel Samper: "Navegación, comercio, minas i agricultura", "El Neo-Granadino", 27 Sept., 1850; véase también "El Neo-Granadino", 25 Oct., 8 Nov., 13 Dec., 1850.

siones más altas que las de los comisionistas ingleses⁵⁹. A la vez, a mediados del siglo diecinueve, los antioqueños habían sido, y todavía eran los prestamistas más importantes del país. Considerando el poder económico de los antioqueños, su bien conocida agresividad en los negocios y su marcada lealtad al **clan** (fuera de Antioquia), no es sorprendente que los otros colombianos llegaran a considerarlos explotadores. Los tildaban de judíos por resentimiento del poder de los antioqueños, y no tanto por una conciencia clara de su propia superioridad. La leyenda se difundió después de tener los antioqueños su dominio de los negocios; en consecuencia, la leyenda no puede ser el origen de este dominio.

Durante la segunda mitad del siglo diez y nueve, los antioqueños de la clase alta empezaron a darse cuenta de la leyenda judía. Llegó a ser materia de discusión pública en 1875. Es posible que la existencia de una leyenda despectiva tuviera, después de esta fecha, algún efecto en refortalecer el sentido de **"need achievement"**, de los antioqueños. Pero si la leyenda tenía su base en la proeza económica de los antioqueños, y en la falta relativa de actividad en la política y la alta cultura, se pensaría que sus esfuerzos serían para desvanecer la especie por medio de contribuciones literarias en vez de más hazañas en los negocios. En realidad, aunque varios antioqueños pusieron su atención en levantar la cultura antioqueña, la gran mayoría siguió por supuesto el camino obvio, y ya bien trazado, en el campo económico. Y en este campo no dejaron de mostrar, y de valorar la agresividad, la agudeza y el éxito que les había ganado la fama de ser judíos.

Esto sucedió en parte porque los antioqueños ya hace mucho tiempo fijaban el sentido de su personalidad en sus hazañas económicas. Ya antes de la existencia de la leyenda judía valorizaban en alto grado sus capacidades en los negocios. Pero ¿si el menosprecio de los otros colombianos no motivó la creación de estos valores, cómo se explica su desarrollo? No hay duda de que muchos factores intervinieron: tal vez una escasez relativa de mano de obra estimuló una valoración de la laboriosidad; el aislamiento de los centros de poder político y de la alta cultura influyó en el sentido de no poner distracciones. Pero el factor más importante fue la lucrativa economía minera, que creó grandes posibilidades de enriquecimiento más o menos rápido, o en la minería o en el comercio, para algunos empresarios pequeños. No es que todos se enriquecieran. Pero siempre, en cualquier época, algunos empezaron pequeños y se levantaron, para servir de modelo para los otros. Este ambiente creaba un estímulo fuerte, y sobre un período muy largo, que implantaba los valores económicos. Cuando los ricos de Medellín y de Rionegro comenzaron a figurar como poderes en la economía nacional, a principios de la época republicana, empezaron

⁵⁹ Sin embargo, los importadores bogotanos estaban agradecidos a los capitalistas antioqueños por la ayuda y la confianza que les dispensaron cuando los bogotanos empezaron sus negocios sin crédito ni relaciones con ninguna casa europea. (Francisco Vargas, Bogotá, a Hermógenes Vargas, Londres, 26 Oct., 1858, Inocencio Vargas e Hijos, "Cartas comerciales", 1857-58, fol. 432).

a servir como modelos de una manera nueva. Ya conocidos como poderes dentro del panorama nacional, los pocos ricos antioqueños significaban para los muchos pobres, no solo una esperanza en sus vidas individuales, sino ahora también una demostración substancial de las virtudes potenciales de todos los antioqueños, y su superioridad sobre los otros colombianos. La convicción de su preeminencia en el campo económico sirvió como base de su orgullo provinciano, un orgullo tan fuerte que podía soportar la leyenda judía. Claro que la especie de ser descendientes de judíos ha molestado a los antioqueños, por ser católicos muy tradicionalistas; pero también podían verla como una certificación de su excelencia, ante los ojos de los otros colombianos, en el campo para ellos más importante, el campo de la economía.